

El niño se puso á arrancarse los lienzos de su cuello, como si hubiera querido retirar el obstáculo que le ahogaba, y arañaba la pared, cogía las cortinas de su cama, buscando un punto de apoyo para respirar. Su cara estaba entonces azulada, y todo su cuerpo bañado en un sudor frío, parecía irse adelgazando. Sus ojos huraños se fijaban en su madre con terror; le echó los brazos al cuello, se colgó de él de una manera desesperada, y rechazando sus sollozos, balbuceaba ella palabras tiernas.

—¡Sí, amor mío, angel mío, mi tesoro!

Luego sobrevenían momentos de calma.

Fué á buscar juguetes, un polichinela, una colección de estampas, y las estendió sobre la cama para distraerle. Hasta intentó cantar. Empezó una canción que en otro tiempo le decía al mecerle, fajándole en aquella misma sillita de tapicería. Pero él se estremeció con todo el largo de su cuerpo, como una onda á un golpe de viento; los globos de sus ojos se saltaban; creyó ella que se iba á morir, y se volvió para no verle.

Un instante después tuvo fuerzas para mirarle; todavía vivía. Las horas se sucedían, pesadas, tristes, interminables, desesperantes, y no contaba sus minutos sino por la progresión de aquella agonía. Las sacudidas de su pecho le arrojaban hácia adelante como para destrozarle; por fin vomitó algo extraño que parecía un

tubo de pergamino. ¿Qué era aquello? Imaginóse ella que había lanzado un pedazo de sus entrañas; pero respiraba ámplia y regularmente. Aquella apariencia de bienestar la asustó más que el resto; permanecía como petrificada, con los brazos colgando, los ojos fijos, cuando vino el Sr. Colot. El niño, en su opinión, estaba salvado.

Al principio no lo comprendió y se hizo repetir la frase. ¿No era aquello uno de esos consuelos propios de los médicos? El doctor se marchó con aire tranquilo. Entonces llegó para ella el momento de que las cuerdas que apretaban su corazón se desataran.

—¡Salvado! ¿Es posible?

De repente la idea de Federico se le apareció de una manera neta, inexorable. Era un aviso de la Providencia. Pero el señor, en su misericordia, no había querido castigarla por completo. ¡Qué expiación más tarde si perseveraba en aquel amor! Indudablemente insultarían á su hijo por su causa, y la señora de Arnoux le veía joven, herido en un encuentro, llevado en una camilla, moribundo. De un salto se precipitó sobre la sillita; y con todas sus fuerzas, elevando su alma á las alturas, ofreció á Dios, como holocausto, el sacrificio de su primera pasión, de su única flaqueza.

Federico había vuelto á su casa, y permane-

cía en su butaca, sin tener ni aun fuerzas para maldecirla. Una especie de sueño le sobrecogió, y á través de aquel estado, oía caer la lluvia, creyendo siempre que seguía allí, en la acera.

Al día siguiente, por una última cobardía, envió un mandadero á casa de la señora de Arnoux.

Sea que el saboyano no hiciera la comisión, ó que ella tuviera demasiadas cosas que decir para explicarse con una palabra, le llevaron la misma respuesta. La insolencia era demasiado fuerte. Una cólera orgullosa le dominó, y se picó de no tener ni aun un deseo, y como hoja que arrebatada el huracán desapareció su amor. Sintió un gran consuelo, una estóica alegría, después una necesidad de acciones violentas, y salió por las calles al acaso.

Los hombres del barrio pasaban, armados de fusil, con sables viejos, llevando algunos gorros encarnados, y cantando todos *La Marsellesa* ó los *Girondinos*. De cuándo en cuándo, un guardia nacional se apresuraba para reunirse á su alcaldía. A lo lejos sonaban los tambores; batíanse en la puerta de San Martín; en el aire se sentía algo alegre y belicoso. Federico seguía andando. La agitación de la gran villa le ponía contento.

En las alturas de Francati, divisó las ventanas de la Mariscalá; una idea loca le ocurrió,

una reacción de juventud, y atravesó el bulevar.

Cerraban la puerta cochera, y Delfina, la doncella, en tren de escribir encima con carbón «Armas dadas», le dijo vivamente:

—¡Ah, la señora se encuentra en preciosa situación! Ha despedido esta mañana á su groom que la insultaba. Cree que van á robar por todas partes; se muere de miedo, tanto más cuanto el señor se ha marchado.

—¿Qué señor?

—El príncipe.

Federico entró en el tocador y la Mariscalá se presentó en enaguas con el cabello tendido, espantada.

—¡Ah, gracias; vienes á salvarme; ya es la segunda vez, y nunca exiges la recompensa!

—Mil perdones,—dijo Federico cogiéndola la cintura con ambas manos.

—¿Cómo? ¿Qué haces? —balbuceó la Mariscalá, á la vez sorprendida y alegre por aquellas maneras.

El contestó:

—Sigo la moda, me reformo.

Tendióse ella sobre el diván y continuó riendo con sus besos.

Pasaron la tarde mirando, desde su ventana, al pueblo en la calle. Todo el mundo estaba contento. Circulaban los paseantes, y las lamparillas de cada piso daban una claridad como

en pleno día. Los soldados volvían lentamente á sus cuarteles, fatigados y tristes. Saludábanles gritando: «¡Vivan los de línea!» y ellos seguían sin contestar. En la guardia nacional, por el contrario, los oficiales, rojos de entusiasmo, blandían sus sables vociferando: «¡Viva la reforma!» y aquella frase, cada vez que la oían, hacía reír á los dos amantes. Federico bromeaba; estaba muy alegre.

Por la calle Duphot, alcanzaron los bulevares. Faroles á la veneciana, colgados de las casas, formaban guirnalda de fuegos. Un hormigueo confuso se agitaba debajo; en medio de esta sombra, en algunos sitios, brillaba la blancura de las bayonetas. Elevóse en esto un gran murmullo. La muchedumbre era demasiado compacta; el regreso directo imposible, y entraban en la calle Caumartin, cuando de repente, se oyó detrás de ellos un ruido semejante al crujido de una inmensa pieza de seda que se desgarrara. Era el fusilamiento del bulevar de Capuchinas.

—¡Ah! Eso es romper á algunos ciudadanos—dijo Federico tranquilamente, porque hay situaciones en que el hombre menos cruel se halla tan desligado de los demás, que vería perecer al género humano sin un solo latido de su corazón.

La Mariscala, colgada de su brazo, crugía

los dientes, declarándose incapaz de dar veinte pasos más. Entonces, por un refinamiento de rencor, para más ultrajar en su alma á la señora de Arnoux, llevola él hasta el hotel de la calle Trouchet, á la habitación preparada para la otra.

Las flores no se habían estropeado; el guipure se había estendido sobre el lecho. Sacó del armario las pantuflas. Rosanette encontró muy delicadas aquellas atenciones.

Hacia la una se despertó por algunos movimientos lejanos, y le vió sollozar, con la cabeza hundida en la almohada.

—¿Qué tienes, amor mío?

—Esto es exceso de felicidad—dijo Federico.—¡Hacia tanto tiempo que te deseaba!

